

Y NEGRO

La última preocupación la solucionó rápidamente, arrancó el automovil y se encaminó hacia el centro. Aparcó con suavidad y compró una cajetilla de Ducados en uno de los viejos Kioscos del Parque. Al encender el primer cigarrillo inspiró profundamente el humo con tanta ansiedad que no pudo evitar estornudar repetidas veces.

Al mirar su reloj comprobó que pasaban unos minutos de la media noche y se sintió molesto porque por muchas vueltas que le daba al asunto no le encontraba ni pies ni cabeza, así que a pesar de las advertencias del comisario Martínez decidió seguir trabajando en el caso... ¿Quién sabe?, a lo mejor todo este lío es por culpa del Virginitad Rodríguez, se dijo recordando la llamada que lo movilizó la noche anterior... Tal vez alguien tiene interés en que no siga buscando a esa Srta., será mejor que me ponga en contacto con sus padres.

Hacia tres días que se personaron en su oficina los presuntos padres de la chica, aparentaban estar bastante afligidos y pusieron mucho dinero sobre la mesa, como para rechazar una oferta semejante. García recogió todos los datos que necesitaba para comenzar la investigación y los despidió amablemente -cosa que sólo hacía con los clientes- alentándoles y diciéndoles que al menor indicio los llamaría por teléfono. Al día siguiente consultó la lista de individuos con los que frecuentaba salir la chica y habló con todos ellos sin descubrir nada importante. Seguramente aquellos chavales vestidos de cuero que no paraban de fumar porros y reír alocadamente se estarían mofando de él largo rato cuando salió de los billares, pero García no se quedó atrás porque al mismo tiempo imaginó lo mucho que le hubiera gustado enseñarle modales a aquellos cuatro mocosos cuando era sargento de la legión en Ceuta. Debido a esas indagaciones no le extraña que un desconocido le hubiera llamado la noche anterior para ganarse una pasta... pero lamentablemente el que cobró fue él.

Le echó un vistazo a su agenda de bolsillo y reconociendo el número de los Sres. Rodríguez entró en una de las cabinas telefónicas que estaban entre la parada del "bus" y los antiguos kioscos del parque.

¡Vaya sorpresa más cojonuda!, exclamó el detective. ¡Esta si que es buena! Se repitió sin comprender en absoluto la situación. Había llamado al número de los Sres. Rodríguez y resultó ser el de una residencia de ancianos donde por supuesto no trabajaba ni vivía ningún Esteban Rodríguez Salgueiro... La putada es que cuando se entere el comisario de que mis clientes han desaparecido me encierra de verdad.

Ahora comenzaba a comprender que lo estaban metiendo en un callejón sin salida, que algún tipo inteligente le quería hacer la puñeta, y que lo estaba consiguiendo. García que se creía a sí mismo un tío astuto y cojonudo comenzaba a sentir un cosquilleo en la nuca y a apretar el culo porque esta vez se le estaba poniendo difícil de verdad...

Al salir de la cabina se apresuró a introducirse en el coche sin dejar de mirar nerviosamente en todas direcciones, no sabía a donde dirigirse porque podían estar esperándolo en cualquier lugar de los que frecuentaba e incluso en estos momentos era consciente de que podían estar vigilando. Giró el volante hacia la izquierda y el 4L se perdió entre las estrechas callejuelas del casco antiguo. Por momentos imaginó que aquello era el mismísimo infierno, todos los neones de vivos colores estrellaban su luminoso halo sobre el parabrisas del coche, las zorras en todas partes igual, mostraban sus carnes a los hambrientos viandantes, los maricas, más provocativos, casi se echan en brazos de los posibles clientes. Aquel espectáculo impregnado del morbo y la depravación nocturna, lo había observado con naturalidad durante muchos años, pero esa noche con las prisas y el miedo lo sintió más cercano, más caliente, incluso más asuquero. Aparcó el coche frente a su ventana, allí continuaba encendida la farola que lo despertó con su luminosidad, desde su aparcamiento podía escuchar las carcajadas de los cuatro borrachos de rutina que paraban en el bar de la esquina... Todo continuaba igual, pero prefirió quedarse en el coche a esconderse en su ratonera, por lo menos era más difícil que pudieran sorprenderlo.

Le quedaban dos cigarrillos en la cajetilla cuando las manecillas del reloj le indicaron que eran las cuatro de la mañana. La calle se había quedado desierta y escuchó como bajaban la persiana metálica del bar... Comenzaba a dudar de todo lo que había imaginado, con más tranquilidad repasó momento por momento y llegó a la conclusión de que el peligro era una más entre las diversas posibilidades, consideró que debía actuar con cautela y no llegar a dejarse arrastrar por el absurdo pánico que horas antes lo había envuelto. Más animado cerró la puerta del vehículo y subió las escaleras hasta la puerta de su casa. Una vez dentro apretó el interruptor que encendía la luz del comedor y se sorprendió tremendamente cuando vio a los dos tipos que apuntándole con sendas pistolas se dirigieron a él:

¡Hola García! ¿No me reconoces? Preguntó irónicamente el que le amenazaba desde su derecha.

¡Pues no! contestó el detective timidamente desde la entrada...

¡Creo que no!

¿Este es el tipo? Le preguntó el de la izquierda al otro que vestía un traje marrón aterciopelado ¡Parece que se ha cagado en los pantalones! Continuó riéndose García.

Tienes muy mala memoria... insistió pausadamente el de negro... como ves yo no me he olvidado de tí. Anda acércate y quítale la "pipa" Toni. El otro se levantó rápidamente y le puso la pistola en el mentón mientras lo cacheaba. García con la voz entrecortada por el acongojo le facilitó la tarea.



No llevo ningún arma encima, me la requisaron esta mañana en la comisaría. El individuo lo dejó tranquilo y volvió a sentarse en el mismo lugar.

Lo creo, ayer casi te cepillaste del todo a uno de mis mejores colegas ¿sabes? Hace tiempo que tenía ganas de echarte el guante y como ves al final lo he conseguido. El tipo de la derecha sacó una cajetilla de Wiston de su chaquetilla de cuero y le tendió uno al de negro, éste se lo puso en la boca sin dejar de mirarle y encañonarle con el Colt que tenía entre manos.

El detective se armó de valor y preguntó mosqueado: ¡Bueno! ¿quien coño eres y que quieres de mí?

¡Tranquilo, tranquilo! He venido por tí pero antes quiero que recuerdes, por que he venido a joderte para siempre cabo García ¿Recuerdas ahora? Cuando currabas por la guardia civil hiciste muchas putadas y en especial una a mí que me ha costado siete años en Carabanchel, pero es muy difícil acordarse de una cara cuando se ha jodido a tanta gente... García callaba asustado y lo miraba muy atentamente sin recordar su rostro... Te has quedado mudo. Bien te diré quien soy. Me llamo Juan Vendres y en mi casa encontraste un alijo de cocaína que tu mismo dejaste allí para joderme... ¿Lo recuerdas? o es que esto se lo has hecho a muchos. No recuerdo haber hecho eso nunca. Contestó el detective como si el mundo se le hubiera caído encima.

Pues me da lo mismo cabrón! El tipo de la cazadora de cuero se reía estupidamente... Aunque no me recuerdes te voy a decir lo que voy a hacer contigo. Te voy a pegar cuatro patadas en los cojones tres tiros en la cabeza y luego te voy a tirar entre los cubos de la basura del callejón asqueroso donde vives. Porque los tíos como tú son una mierda y acaban como te estoy diciendo ¿Te enteras?... ¿Eh, te enteras, García?...

Poco después el eco de varios disparos rebotó por todos los balcones de la calle. Por la mañana encontraron a García revolcado sobre su propia sangre entre varios cubos de basura. Su cabeza medio triturada parecía querer protegerse de la luz del sol con una pringosa bolsa de plástico.

El comisario Martínez no daba crédito a lo que acababan de comunicar. Se hizo acompañar por el comisario González que había regresado hacía pocos minutos del domicilio de los Sres. Rodríguez.

Oye, González ¿Como ha sido lo de García?. Preguntó Martínez un tanto sorprendido.

Al parecer le dieron una paliza increíble y lo remataron de dos tiros en la cabeza. Yo aún no lo he visto, el jefe me envió nada más llegar, a buscar a un tal Esteban Rodríguez Salgueiro y a su mujer para que identifiquen el cadáver, al parecer han sido sus últimos clientes y como el infeliz no tiene familia.

Comprendo, añadió el comisario. Durante el viaje permanecieron en silencio sin pronunciar una sola palabra más al respecto.

Al llegar al depósito de cadáveres el Martínez quiso ver que aspecto tenía García, cuando le descubrieron el rostro sólo le escaparon dos palabras.

¡Pobre García!

Los Sres. Rodríguez estaban bastante consternados, habían intentado contactar con García varias veces para avisarle de que su hija había telefonado desde Lyon, hasta donde había llegado con un par de amigos después de huir de su casa.

Entretanto, González se encontraba embutiendo a García en una de las cámaras y aún le pareció escuchar una lejana voz que decía: González, cabrón... y te lo puedo asegurar por tres razones ...es...es...es!